

los temas propios («El trabajo es lo único que me importa»), explica lo que respecto a la secundariedad del entorno le sucede, por ocurrir en sí. Los motivos seleccionables y la identificación presupuesta se convierten en literatura, hay que buscarlos, por ejemplo, más que a través de su retrospectiva *Desde el amanecer*, en *Barrio de Maravillas*, que me parece, cada vez con mayor prestancia, al igual *La sinrazón*, dos novelas básicas en nuestra literatura en la segunda mitad de este siglo.

Una obra reacia a la traducción, y sin embargo...

Cabe predecir, con el natural riesgo de yerro, que *Los pasos contados*, una de las más hermosas e importantes tetralogías de la moderna literatura española, sería una obra reacia a la traducción, salvo el último libro, *Los galgos verdugos*, que quizá se prestara a ello dados los eminentes valores narrativos y abstracción hecha de sus articuladas premisas de los anteriores, fraternos volúmenes. Y aquí la palabra volumen cobra un sentido de apreciación cuantitativa y cualitativa, en cuanto a contextura y dimensión.

No sólo el estilo —inconfundible—, de *Los pasos contados*, sino la forma y el método de construcción le confieren adicional originalidad. Corpus Barga aporta espléndidas novedades —que no fundarán escuela, que nadie alcanzará a imitar—, con su peculiarísimo talante relator. Cronista de una época enteriza —«a caballo entre dos siglos», como él subtitula este bien trabado haz de páginas—, analista muy agudo de la comunidad que le rodea, novelador de la propia, rica y móvil vida, albañil-arquitecto de una memoria dispersa, «memorialista», según la clasificación semántica que él eligiera, Corpus Barga consigue un sugestivo renacer de gentes, episodios y «atmósferas».

El tejido conceptual de su prosa se cifra en caracterizaciones y comparaciones: de las clases sociales, de las costumbres —castizas y extranjeras—, de toda una cosecha tipológica. Con una sobriedad que sería equiparable a la de Pío Baroja, menos plástica pero de superior calado y con firme pulso idiomático, diferencialmente intelectual y artístico. La fabulación de Corpus Barga en *Los pasos contados*, es indisoluble de las realidades, en presencias y rostros de su multiforme y prolongada coetaneidad.

Robert Escarpit —sabido es: sociólogo en las ramas parejas de la literatura contemporánea y de la revolución, en estas décadas, del libro de bolsillo—, afirmó recientemente que «el escritor debe ser primero periodista». Y no es que «el texto sea secundario» y «la comunicación lo sagrado», sino que el discutible establecimiento de prelación se ejerce, en concretos y señeros casos de manera simultánea, fluida. Tales las artes, paradigmáticas, de Corpus Barga. Lo por él expresado —remitámonos a sus artículos de corresponsal en la primera guerra mundial o acerca de «su» navegación transatlántica en el Zeppelin—, patentizan esa doble y ensamblada vía.

La rememoración del «memorialista» Corpus Barga se distingue por la captación ágil y honda de la actualidad, que prestidigita en amena historia y eleva a conciencia de la forma pertinente. Así, la radiográfica descripción de la burguesía española —dinástica, no derivada de una mentalidad y práctica productiva— y, sobre todo, la

acupuntura del entramado familiar en aquel entonces, entreverán las pinceladas costumbristas, los públicos sucesos y su razonado dictamen —crítico o encomiador en sus justos términos, nunca de beata idolatría ni de viscerales rencores— de los literatos, en verdad de alto nivel, fidedignos exponentes del aquel tiempo, pléyade cuya conjunción hoy admiramos, máxime si con los encumbrados y notorios de esta época los contrastamos.

El encanto que gradualmente nos sugestióna en *Los pasos contados* obedece a la facultad retentiva y perspectivista, integradora por ende, que desarrolla Corpus Barga. Y al hecho, también modélico, de comprender que la misma atención merece el varón ilustre e ingeniosamente mordaz —verbigracia, Valle-Inclán— y el hombre y la mujer, sencillos, populares, pero de una pieza, sirvientes o artesanos, cocheros, anónimos y pertinaces noctámbulos y tertulianos, «agentes del orden»...

La vida que con tan orgánica justeza reconstruye Corpus Barga, adquiere en él tonos de gracejo e ironía, nunca acerbos, trazos matizadores. Su personalísima transcripción resulta aleccionadora en cuanto señala los atrasos, con la antañona tecnología y mecanización correspondientes: aquella España permaneció «a caballo entre dos siglos». Era un genuino microcosmos, basado en hábitos estratificados, pero en el que no se habían constituido «las masas», de acuerdo con el veredicto orteguiano y no se formulaba aún esa ambivalente subversión y el establecido trastrueque. Fisonomías consuetudinarias, nominadas, sin confusión posible, sitios y lindes que no se traspasaban. Un Madrid-molúsculo, circundado de inercias y con un espeso pretérito sin ventilar. Y de la sima de rutinas, de su lúcida recomposición trasciende Corpus Barga a la crónica de sabor y empaque artísticos. La realidad, escrupulosamente convocada, se nos aparece más novelesca que múltiples ficciones al uso y abuso. Y el salto de garrocha, en reserva, es un punto de arranque, en la conmoción del retorno, para nieblas y sueños, cimientos socavados, en Benalcázar, escenario narrativo por excelencia. A lo largo de la obra, sin brizna de pedantería, la cultura, nacional y extranjera, en un obligado ayuntamiento, no significa para él una mera brillantez letrada, muestra un humanismo palpable y asumido.

Avanzada la edad, con la destreza epistolar que también lo distinguiera, fija, como colofón, «la nada de las huellas, las huellas de la nada». La sentencia desolada, al arrimo de las supremas sombras, debiera antojársenos transitoria. Corpus Barga no sufre arrepentimiento alguno, le consta que su derrotero ha sido atractivo y fecundo. Y uno cree que no lo cambiaría por cacareadas, inauténticas celebridades. Prefirió, sin hiel, fundamentarse en sus venturas, desventuras y aventuras.

Los subtítulos, laterales a la caja del párrafo, en *Los pasos contados*, a veces extraídos del fragmento, comúnmente corrido, constituyen todo un acierto. Hágase la prueba en uno de estos bloques, leamos lo que de tal modo resume y vuélvase al lema cursivo y orillado. Esa experiencia corrobora una maestría poco propicia a cualquier mimetismo.

Cumple nos detengamos en algunos rasgos, indicativos claro, de los cuatro libros que, a tenor de la tónica apuntada, utiliza Corpus Barga en *Los pasos contados*. En tanto que andaluz estimo particularmente certeros sus juicios del sur en la ibérica pluralidad:

«El mediodía español siempre se ha entregado, igual que a los vándalos, a todo el que ha querido conquistarlo. No es una casualidad que todas las dictaduras en España vayan acompañadas de una supuración, escribo bien supuración, no superación, del flamenquismo. Es que la herida sólo está cerrada y corrompida para los otros. En el fondo auténtico andaluz, la aceptación de la conquista es una captación que impregna, transforma y acaba por vencer. Ha sido un modo de defensa. Qué fuerzas telúricas no requiere semejante táctica. Pocos países pueden permitirse tal lujo e idiosincrasia. Galicia, allá en la Edad Media, enfrenta a Santiago de Compostela con Roma y, evidentemente, es vencida. Andalucía se deja conquistar por la Roma cristiana, como por la pagana y, lo mismo que tuvo su filosofía y su poesía latinas, tuvo sus dioses católicos, hizo de la Virgen una gloria macarena y de Cristo una pena de copla. La región de España que presenta el hecho más diferencial, como se decía en el tiempo de los separatismos es, sin duda, Andalucía. A un andaluz cerrado, no obstante carecer éste de un idioma diferente como el catalán o el gallego o tan distinto como el vascuence, le entiende menos un castellano que a un gallego o a un catalán y no lo entiende más que un labriego vasco que hable en su lengua vernácula. No se nota en España tanto la singularidad andaluza porque precisamente es lo que se ha dicho más general. Lo andaluz llega, se siente, hasta en el Pirineo y el Cantábrico, mientras en Andalucía no deja rastro lo catalán, lo vasco o lo gallego.»

(Y esta caracterización de Andalucía quizá ilumine el «arranque» de los *Recuerdos y olvidos*, de Francisco Ayala; sus años formativos con la Alhambra en el horizonte asible, ambiente cultural y atemperador de neta condición terruñera, de típica receptibilidad granadina, que el escritor, rememorador, no manifiesta sino en plano complementario, al igual que su sentido artístico de universalidad lo hace despegarse, en argumentación particularizada del fenómeno multiforme, pero siempre determinante, del exilio. «Su familia» y «el mundo de su infancia» adquieren especial y explicativo relieve. Ya volveremos sobre el tema al hilo mesurado del tejer ayaliano.)

Otra cualidad distintiva de Corpus Barga es su ilustrador gracejo, en cualquier ocasión sin excesos ni escatimeces. De la respectiva modalidad de su prosa:

«Doña Isabel y doña Eulalia eran amazonas, no a horcajadas, ahorcando a la montura como los hombres, sino a la inglesa y romántica manera que, aligerando el modo clásico de montar la mujer con las dos piernas de un lado, siluetaba lo contrario de un robusto centauro, la esbeltez femenina de un insecto. El romanticismo hizo que no hubiera mujer fea a caballo. Su postura parecía la cifra de un enigma.»

Y podría citar centenares de expresiones en ese apartado de grafismo y destello catalogables. No entiendo cómo no se recuerdan a menudo frases y períodos de Corpus Barga para los didactismos literarios en acopio de modelos y en los departamentos universitarios consagrados a investigaciones de materias tan poco homologables o disímiles, a la postre. ¿No se desaprovechan así letras, filosofías y hererodoxias en ese terreno?

Vale la pena apuntar la graciosa definición de «aquel Madrid del viceversa», de marcada impronta galdosiana, que no por eliminado de la circulación pugna por rebrotar y avvicindarse a pesar del rodillo de las modas flamantes y atuendos desnatularizadores, y por extravagantes indiferenciados. Tampoco sería preceptivo